

CARTA ABIERTA a J. VALLVERDU A.

LOS CUENTOS DE FIN DE MES

Sergio Catchot (RETRATO AL FLASH)

Tus palabras en pro del LICEO ABAD SUNYER, glosando la importancia que, en presente, y en futuro, representa para una ciudad el contar con un Centro Docente de Enseñanza Media, coincidieron casi con la resolución del problema, como seguramente habrás visto, al leer el número próximo-pasado de ANCORA.

¡Habrá edificio nuevo! Resolución adoptada por la Corporación Municipal, en la reunión extraordinaria convocada al efecto.

Disponer de edificio nuevo significa haber abolido los roces con la Inspección de E. Media, respecto a las deficientes condiciones del local actual, y significa también el logro de un mejor acondicionamiento para los alumnos e innumerables ventajas de orden interno y educativo. Y, de una manera especial, supone la gran ventaja de habernos situado en el camino de poder afianzar la Categoría que oficialmente le fue concedida al Centro, y permitirnos, para después, la esperanza de ascenso. El LICEO ABAD SUNYER debería convertirse en un futuro próximo en el Instituto que tuvo ya la Ciudad o en la modalidad de Centro que más se parezca a aquél, para que los alumnos pudiesen disfrutar de todas las prerrogativas concedidas al alumnado oficial.

Y esto, es decir, el afianzar la categoría y la esperanza, exige más, mucho más que un edificio. El edificio es el primer paso. Magnífico paso. Pero han de seguir presiones e insistencias cerca de los Organismos competentes, para dejar bien claro que el deseo de la Ciudad y del Patronato de Cultura, — hoy, comarcas —, es dar al LICEO ABAD SUNYER la máxima oficialidad, dignidad y categoría, como corresponde al Primer Centro Docente de una ciudad que aspira a la capitalidad de la Costa Brava.

Es necesario además, apoyar el Centro de una manera unánime, indiscutible. Incluso desde cualquiera de los Colegios que, particularmente, vienen dedicándose a la Enseñanza Media, porque, la verdad, es incomprensible que pudiendo realizar aquí estudios y exámenes, llegado Junio, se desparrame el alumnado por las aulas examinadoras de los Institutos de Gerona o Figueras, arrojando, sin ninguna necesidad, una larga serie de desventajas morales y económicas.

Mucho se ha ganado, amigo Vallverdú, con el edificio. Pero aun estamos muy lejos de la meta que tú y yo soñamos junto con los demás compañeros, en el momento de la creación del LICEO ABAD SUNYER.

M. W.

El P. Torán chupaba ávidamente el habano que Cruselles le acababa de regalar. Sergio, dándose a todos los diablos, sostenía el «Omega» encendido a la altura conveniente. El P. Torán le aguantaba la mano para que no decayera.

Una estampa llena de cordialidad y de simpatía, y, no obstante, Sergio sabía que aquel puro era para él. Cruselles, hijo de un estanquero, se lo había prometido dos días antes, en ocasión de un problema de cierta envergadura: — Si logro entenderlo, le prometo un regalito.

Sergio Catchot no era excesivamente puritano pero poseía espíritu de cumplimiento del deber; es decir que, sin aquella promesa, también habría actuado a modo de profesor consciente y comprensivo. El problema fue resuelto satisfactoriamente y la clase transcurrió como de costumbre.

Sergio no comprendía como alguno de los profesores que tuvo en sus verdes años — por ejemplo, D. Leoncio — hubieran fracasado en la conducción de una clase. Estaba desarrollando su labor como profesor de Comercio Práctico en clases nocturnas, y tenía a sus alumnos metidos en un puño. Pero no por coacción; sencillamente, sin saber como. Acaso el secreto no era otro que el de hacerles trabajar. Como él se sentía lleno de vitalidad, y dar clases le gustaba, las dos horas de cada noche — de siete a nueve — transcurrían como un soplo.

— Bien, amigo Sergio — explicó el P. Torán con el puro perfectamente encendido —. Van bien estos muchachos. ¿Qué le parece si organizáramos un Club? Esto del fútbol priva mucho.

— Es cosa de ellos — contestó el profesor, escurriendo el bulto.

Preveía que el P. Torán intentaba cargarle con la organización del Club, cobro de cuotas... No, no. Tenía otras ocupaciones. Por otra parte las clases estaban bastante mal pagadas. La Orden necesitaba mucho dinero para reconstruir los Colegios derruidos y amueblar los templos quemados, y las salvajadas ajenas debía pagarlas él. ¡Al cuerno! Lo más prudente sería izar velas tan pronto como fuera posible, buscando clases mejor pagadas. Esta jugarreta del puro le había molestado.

Era uno de los trucos del P. Torán. En cuanto llegaban los alumnos, les llamaba, les saludaba, procuraba que le besaran la mano, les aturdió con su conversación, y se las arreglaba de tal manera que si algún regalito traían

de su casa para el profesor, éste no llegaba a su destino. Por un mecanismo difícil de explicar — tal vez cuestión de hipnotismo o de sugestión —, del bolsillo interior de la americana o de las entrañas del bade, una mano febril extraía el puro, los caramelos, el paquete de picadura, la goma de mascar... y se ofrecía, sumisa y complaciente, al P. Torán.

Este distendía las facciones, ensayaba una amplia sonrisa, cogía la ofrenda prefiriendo cálidas exclamaciones... y empujaba al alumno hacia sus deberes inmediatos.

Todos los profesores supervisados por el P. Torán recibían a sus alumnos completamente despojados, excepto que llevaran cosas tan poco aprovechables como una invitación para el cine o un «tifus»⁽¹⁾ para un teatro de revista.

...El P. Torán se extendió en consideraciones sobre el beneficio que el deporte presta a la juventud. Habló un poco de las canteras regionales, de los sueldos mastodónticos que cobran ciertos ases del balón, y de la nómina de algunos Clubs comercializados.

Eran las siete y diez cuando Sergio entró en su clase: Cuarenta pupitres de cuatro en fondo, un enorme encendido, tiza abundante y mucha luz; en las ventanas, persianas corredizas. Era ya de noche; un día del mes de Marzo. Pasó lista. Dictó para los más adelantados un problema de Álgebra; acababa siendo una ecuación de primer grado con dos incógnitas. Para el grupo siguiente, otro problema; éste, de aligación. Y para los más rezagados, regla de tres compuesta.

Quedaba Martín; un muchacho listo como una ardilla, simpático y voluntarioso, que estaba empleado en un Club de Tenis para recoger pelotitas y otros menesteres serviles. Llevaba jersey y pantalón, como de reglamento, y se peinaba como el duque de Windsor.

Martín salió a la pizarra y Sergio empezó a explicarle el teorema de Ruffini. El muchacho estaba cursando el Bachillerato y exponía sus dificultades. Las traducciones de latín se las supervisaba el P. Torán.

A las ocho, el Sr. Catchot preparó un dictado. A las ocho y media, Caligrafía. A las nueve salió a la calle y encendió un cigarrillo. Había terminado el trabajo del día.

Antonio Miralles Manresa

(1) Llámanse «tifus» en «argot» teatral al Pase.